

# IRIS



ADMINISTRACIÓN  
50, PLAZA DE TETUÁN, 50  
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN  
50, PLAZA DE TETUÁN, 50  
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

EL  
IMPERIO DEL SOL NACIENTE

OBRA ESCRITA  
POR  
D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

ILUSTRADA CON GRAVADOS

Un tomo en tela 750 ptas.



ESPOSA ENAMORADA

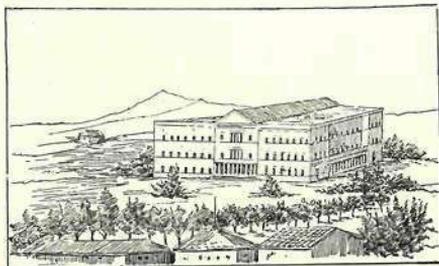
POR  
ANDRÉS ARELLANO

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 13'50 pesetas.  
Encuadernada, 15'50 pesetas.

ALBORADA Ó LA CAUTIVA DE AMOR

POR  
L. GARCÍA DEL REAL

25 cuadernos, que forman 2 tomos, 12'50 pesetas.  
Encuadernada, 15'50 pesetas.



VIAJE AL PAÍS DE LOS SABIOS

POR  
D. JUAN LUCENA DE LOS RÍOS

La brillantez del estilo y la animación del relato hacen de este libro una obra que a deleite de la lectura el fácil conocimiento de la ilustre nación cuyo saber y cuyas artes se han perpetuado en el actual mundo latino.  
Un tomo en tela 750 ptas.

LOS MISTERIOS DEL SERRALLO

FOR  
ALVARO CARRILLO

Preciosa novela en que el autor revela su conocimiento del mundo oriental. 60 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadernada, 17 ptas.

LA MUJER AMOR

FOR  
D. RAFAEL DEL CASTILLO

60 cuadernos, que forman 2 tomos, 60 pesetas. Encuadernada, con tapas especiales, 70 pesetas

Ayuntamiento de Madrid



De todos los jóvenes que formaban la tertulia literaria del café de las Musas sólo Mengáñez permanecía inédito: los demás, poco ó mucho, habían dado sus primeros pasos en el camino de la popularidad.

El pobre chico no se explicaba aquella anomalía; porque, en honor de la verdad, era más ingenioso que sus compañeros, y si sus trabajos no podían presentarse como dechados de forma, en cambio eran más originales.

—Renuncia á escribir,—le decía uno de aquéllos,—porque tú nunca serás nada; Dios sabe las calabazas que tienes recibidas en la correspondencia particular de *El Galapago*.

—En cambio, vosotros vais para genios.—replicaba Mengáñez irónicamente.

—Eso el porvenir lo dirá: por lo pronto hemos publicado algo y no somos del todo desconocidos.

—Empezamos á tener nombre...

—Que no tiene, por cierto, nada de envidiable. ¿Qué habéis hecho de nuevo? Seguir el camino trillado por tantos otros; imitaciones más ó menos felices de la gente vieja; pero ideas propias ninguna.

—Calle el sabio.

—El Zoilo.

—¡El eminente!

—Orden, señores,—añadía metiendo baza en la conversación el camarero.—El Sr. Mengáñez, que es hombre de buen criterio, no está desprovisto de razón.

—¿Qué entiendes tú de letras?

—Diré á ustedes. En mi juventud tuve también mis aficiones literarias...

—Sin duda, ibas para crítico?

—Ciertamente; pero tuve el talento, que no todos tienen, de reconocer mi insuficiencia, y me dediqué á mozo de café, porque yo he sido siempre muy modesto.

—Hablando seriamente,—exclamó el más sesudo de la reunión,—preciso es reconocer que Mengáñez tiene ingenio; podrá faltarle estilo, cosa que con el estudio de los buenos hablistas se consigue; pero ideas propias las tiene.

—No basta con eso.

—Conforme; pero es lo más esencial para tener personalidad, y nuestro amigo está en camino de tenerla.

—¡Qué ha de estarlo!

—¿No? Pues os pronostico una cosa.

—Hable el adivino.

—Que con el tiempo ha de valer más que todos vosotros.

Una carcajada, que por lo ruidosa, llamó la atención de los pacíficos concurrentes al local, acogió las anteriores frases.

Desde aquel momento, los epítetos más rimbombantes, dichos irónicamente, abrumaron al pobre joven, que tuvo la suficiente paciencia para aguantar las pullas de sus contertulios sin incomodarse.

Cuando la calma se restableció dijo uno de éstos:

—A pesar de todo, ratifico lo dicho: Mengánecz no va á ningún lado.

—¿Por qué no tiene ropa negra?—preguntó uno de los interlocutores humorísticamente.

—No tal; porque no tiene foima.

—Esta se consigue escribiendo mucho y corrigiendo más: lo que no se logra tan fácilmente es la originalidad, alma de toda composición literaria.

—Pero la forma es el complemento del fondo.

—No lo dudo.

—Es más: sin forma no hay emoción estética; luego careciendo de ella los ensayos literarios de Mengánecz, nadie debe extrañar que no se los admitan.

—No tanto. Su cuento *El bohemio* no está desprovisto de forma. Convengo en que tiene algunas deficiencias de fácil corrección; pero, en cambio, el asunto es nuevo, completamente nuevo, y ya quisieran algunos escritores, que pasan por maestros, tener ideas tan originales como la que entraña dicho trabajo.

—Si tan bueno fuera, hubiese visto ya la luz pública. Tres meses hace que lo remitió á la revista *El Jueves*, y todavía permanece en la cartera de su director.

—¿En la cartera? En el cesto de los papeles inútiles debías haber dicho,—añadió un guasón.

—Yo antes que sufrir esa ignominia, hubiera reclamado el original,—dijo otro.

—Es inútil,—repuso el aludido,—porque no se devuelven los originales.

La llegada de un nuevo personaje interrumpió de súbito la conversación.

—Te felicito, Mengánecz,—dijo el recién llegado arrojando un periódico sobre la mesa,—porque *El Jueves* ha insertado tu cuento.

—A ver, á ver,—exclamaron varios de los contertulios con curiosidad, pretendiendo coger la revista.

Pero más listo que éstos, se apoderó de ella Mengánecz, el cual, después de leer el sumario ansiosamente, exclamó con desencanto, creyéndose juguete de una broma:

—¡Pues no veo mi firma!

—Claro es que no la ves; como que no la publica.

—Entonces no me explico tu felicitación.

—No por eso dejas de merecerla: lee ese cuento,—repuso el nuevo interlocutor, señalándole con el dedo una de las columnas del periódico,—es el tuyo.

—¿Cómo el mío? exclamó el joven literato con extrañeza.

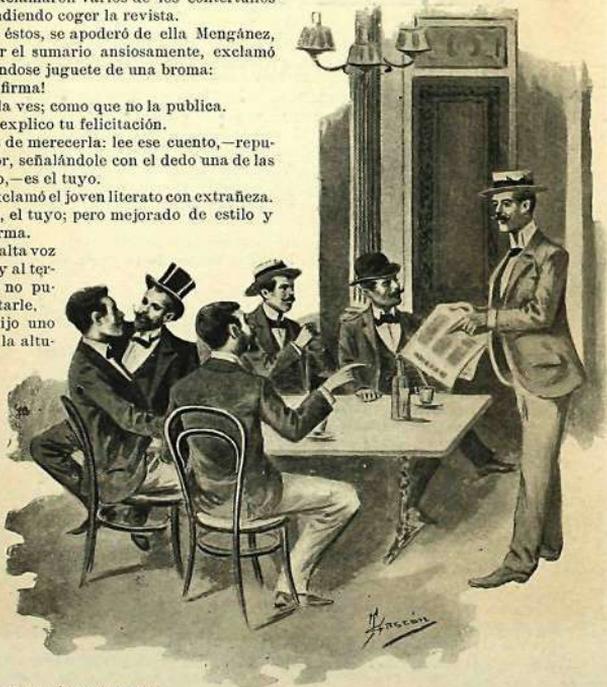
—El tuyo, hombre, el tuyo; pero mejorado de estilo y con distinto título y firma.

Mengánecz leyó en alta voz el cuento en cuestión, y al terminar sus compañeros no pudieron menos de felicitarle.

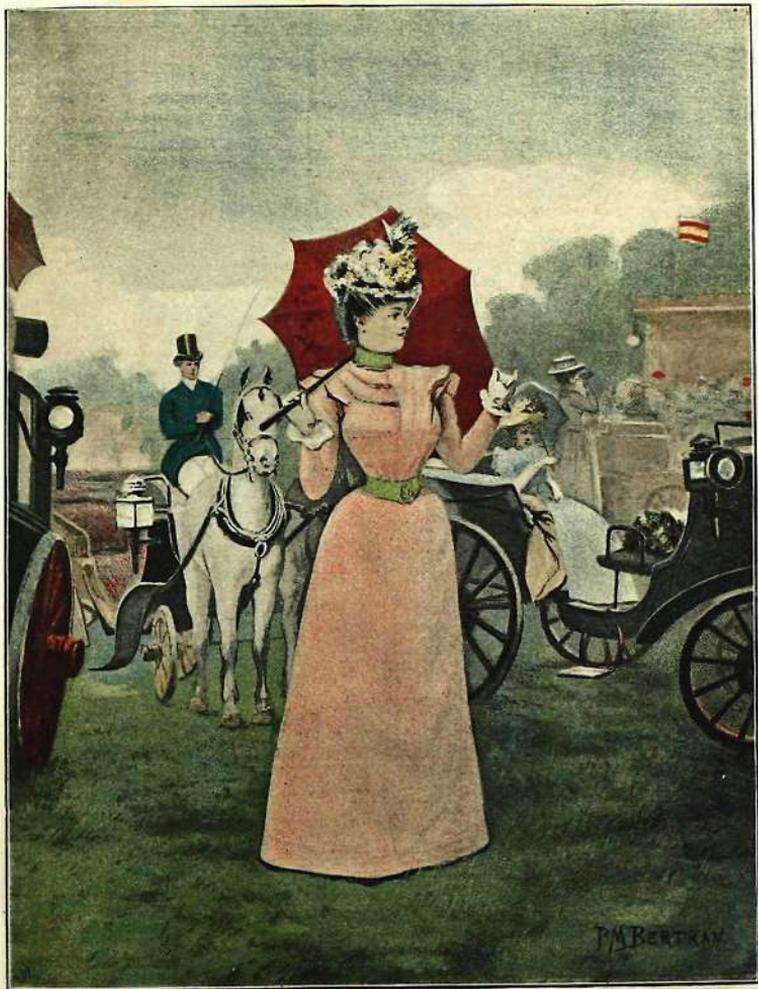
—Saludo en ti,—dijo uno de ellos, levantando á la altura de su cabeza una copa de ron recién escanciado,—á una de las mejores esperanzas de la gente nueva.

Y después de apurar con delicia el contenido de la copa, añadió cómicamente:

—Ahora me explico porque los redactores de *El Jueves* advierten en la cubierta de la revista que *no se devuelven los originales*; porque está visto, se quedan con ellos.

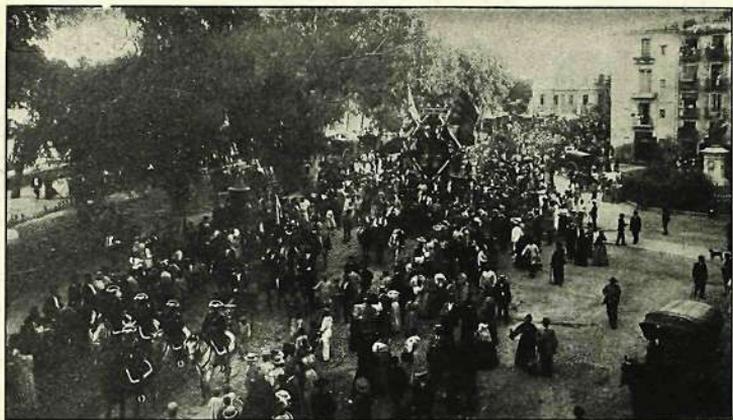


J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



PABLO M. BERTRÁN: EN LAS CARRERAS

# FERIAS Y FIESTAS DE VALENCIA



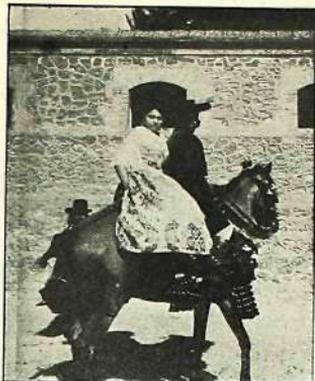
DESFILE DE LA CABALGATA



LA CARROZA «EL ESCUDO DE VALENCIA» VISTA POR DETRÁS

Como siempre que se trata de fiestas de Valencia se ha evidenciado una vez el buen gusto de aquellos artistas en todos y cada uno de los festejos, pero más especialmente en la *Cabalgata* y en la *Batalla de flores*, de la cual hablaremos en nuestro próximo número.

Todo ha sido típico en la primera de las citadas manifestaciones, desde los ricos jacees de los caballos que debían *correr la joya* y las airosas *grupas* de las parejas de labradores hasta las ostentosas carrozas de las corporaciones oficiales y particulares. Verdad es que no cabe imaginar más adecuada escena que la hermosa ciudad del Tu-



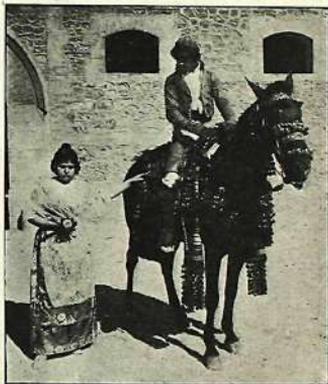
GRUPA > VALENCIANA

ria para que puedan lucir en ella las galas del arte á pleno aire, bajo su espléndido cielo y á lo largo de las magnificas avenidas que bordean el río. La Alameda es un lugar *ad hoc* para servir de teatro á cabalgatas, cuya suntuosidad queda realizada al desarrollarse entre aquellos árboles frondosos, que á su vez bien puede afirmarse constituyen un precioso tema decorativo.

La cabalgata de este año no ha desmerecido en nada, antes bien casi ha sobrepasado á las anteriores y se ha distinguido por la originalidad de los motivos empleados. La animación era grandísima.



>GRUPA > VALENCIANA



A CORRER LA JOYA



CARROZA DEL CISNE



TIMBALEROS DE LA CIUDAD



¿HABRÀ TIBURONES?

Ayuntamiento de Madrid

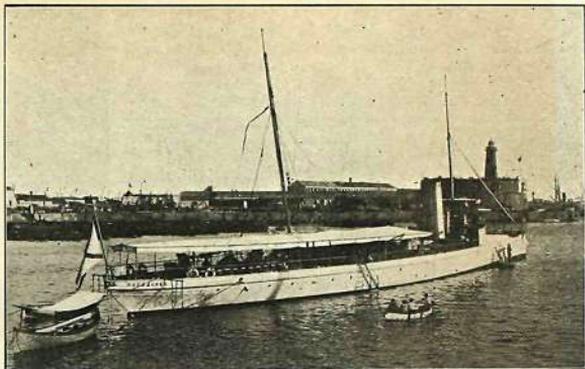
## COSAS DEL DIA

Ramillete de noticias frescas que es mucho más propio de la estación que un ramillete de fuegos artificiales y menos expuesto que éste, y sino que lo digan los napolitanos que por consecuencia de un ramillete de esta última clase, han tenido que lamentar la muerte de un individuo y las heridas más ó menos graves ocasionadas á otros treinta. Esta noticia, aunque reciente, no es muy fresca que digamos; pero puede que las demás... no lo resulten tampoco, contra toda mi voluntad. En fin, probemos.

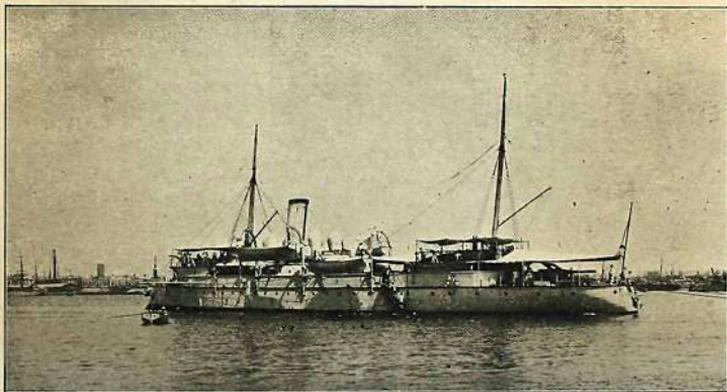
Apenas se ausentó la escuadra francesa, llegaron á nuestro puerto dos buques rusos; es decir, que en pocos días hemos tenido aquí representantes acuáticos de la dulce, digo, de la dulce alianza. Los nuevamente llegados son el cañonero acorazado *Gromiatschy* (¡Jesus! ¡María y José!), de 1,500 toneladas, al mando del capitán de fragata Sr. Arpeforfts, y el crucero torpedero *Possadnick*, de 500

toneladas, mandado por el teniente de navío Sr. Grigorieff. Sin duda, por no tratarse de una escuadra en toda regla, no se ha intentado repetir los festejos consabidos. Tampoco, por ahora, se ha formado ningún grupo anexionista al país de los czares, ni se ha gritado: *¡Visca Catalunya rusa!*

En cambio, se han cerrado las Cortes, dejando los presupuestos sin aprobar y después de haber



CAÑONERO RUSO «POSSADNICK»



CRUCERO-TORPEDERO RUSO «GROMIATSCHY»

amenazado Weyler al Gobierno con una revolución á plazo corto, si las cosas no toman otro camino. Ignoro qué camino será el que agrade al general, ni si éste es el que se propone ponerse á la cabeza de los revolucionarios, en cuyo caso no me atrevería á felicitar á éstos, pues quien con doscientos mil hombres no acertó á concluir, en cerca de dos años, con veinticinco ó treinta mil insurrectos, es de suponer que necesitaría las noventa y nueve centésimas partes de la nación para imponerse al resto. ¡Y cualquiera encuentra tres docenas de espáñoles que estén conformes en algo, por bueno que sea!

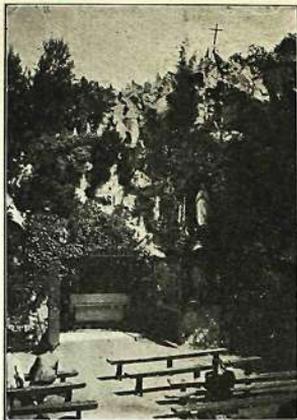
Otra noticia: hemos cambiado de gobernador: al señor Marina ha sustituido el Sr. Sanz Escartin. De lo que no hemos cambiado es de malas costumbres. Yo comprendo que, dado ó sudado el calor que nos disfruta, se sienta la necesidad de proporcionar aire á los pulmones; mas para satisfacerle el mejor sistema, consiste en esperar á que el rubicundo Febo se halle á punto de ir á enterarse de lo que ocurre por otros países, y salir entonces en dirección al Tíbidabo, á Vallvidrera, á Miramar, etc., etc. Allí, si se poseen los céntimos ó los comestibles necesarios, se merienda, se aspiran grandes bocanadas de aire puro, se hace higiénico ejercicio y, si tanto aprieta la necesidad, se puede berrear un coro á gallos solos ó un dúo de tiple y tenor, aunque se tenga la voz de bajo ladrante: con ello no es cosa mayor el daño que se puede causar. Pero la manía que ha acometido ahora á ciertas gentes de ensancharse los pulmones gritando por calles, callejuelas, plazas y plazuelas: — ¡Viva esto! ¡Abajo lo otro! ¡Que rescite lo de más allá!, en suma, toda esa colección de berridos más ó menos subversivos que estamos oyendo de algún tiempo á esta parte; esa manía, digo, es intolerable, y sólo puede producir escenas tan lamentables como la ocurrida en la noche del lunes, con motivo de haberse suspendido la serenata proyectada en honor del alcalde y de haber pasado casualmente por la plaza de San Jaime, cuando ésta se hallaba llena de gente, el director de la *música prohibida*. Los partidarios de éste comenzaron á vociferar como si las calles se hubiesen hecho para demostrar simpatías á los amigos y no para pasear ó ir á negocios; á los gritos tolerables, sucedieron otros que ya no lo eran tanto, se armó barullo, dió cargas la policía... y pagaron acaso algunos culpables, pero también muchos inocentes, entre ellos dos candidas palomas, el amigo Figuerola, redactor de *La Publicidad* y un redactor de *El Diluvio*, á quienes acompaño en el sentimiento, bien que celebrando no haber tenido que ir á hacerles compañía á la casa de socorro.

Ya ven los alborotadores á qué horribles trances exponen hasta á los que nos consagramos al sacerdocio de la prensa.

Hay que comprimirse, pues, hay que dejarse de vivas y mueras y majaderías... Y lo dicho: á ensanchar los pulmones al campo.

Allí se está más fresco y no hay miedo de que una carga policíaca estropee el cutis de transeúntes inocentes ni de periodistas sin hiel ni cosa que se le parezca.

Esto último es lo que más me preocupa. Porque figúrense los alegres compadres de Finlandia, esos vocedores impenitentes, que voy yo por la calle, sumido en un mar de importantes reflexiones acerca de los nocturnos morados y de las seguidillas color de chocolate sin canela, y de pronto se les sale el en-



NTRA. SRA. DE LOURDES EN PEDRALVES



VALLVIDRERA: EL PANTANO



IGLESIA DE LA BONANOVA

tusiasmo por la boca y se atufan los de la pública ó los de la secreta, y en vez de propinar una fricción de acebuche ó de robe á los vocadores, como que yo tengo cierto aspecto de conspirador empedernido, se lanzan 'sobre mi y me causan contusiones, chichones ó erosiones en cualquier parte de mi interesante individuo.

duo. ¿Qué remordimientos para los finlandeses! ¡Y cuánta árnica tendría yo que gastar! La emoción me impide proseguir.

Hasta otro día,

EDUARDO BLASCO



SARRIA: ARCO EN LA CALLE MAYOR con motivo de la procesión del Sagrado Corazón

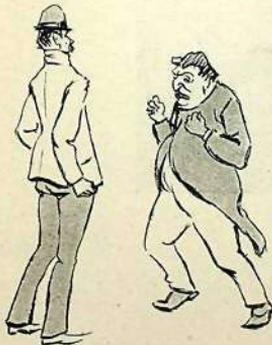
INSULTO INTOLERABLE, por Xiró



Usted es un pillo...



Un sin vergüenza...



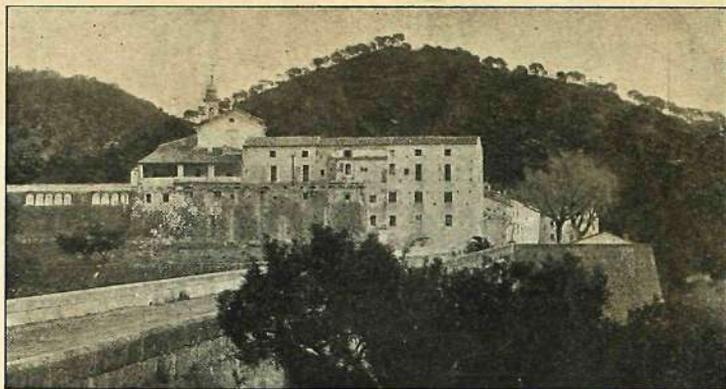
Un... politico...



Esa si que no la paso.

Ayuntamiento de Madrid

## EL SANATORIO DE PORTACÆLI

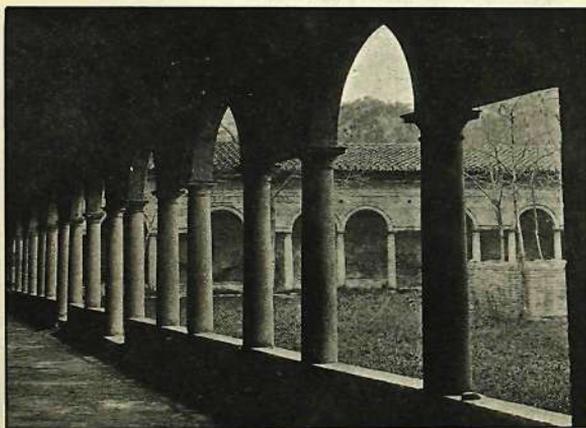


VALENCIA: EL SANATORIO DE PORTACÆLI

Por fin, ha podido ver coronada su obra el doctor Moliner; ya es un hecho el funcionamiento del Sanatorio de Portacæli.

Fué bendecido el establecimiento el día 14 último, y al siguiente se instalaron en él 14 enfermos tuberculosos, nueve de ellos repatriados. Hállase situado el Sanatorio en el término de Bétera, población á

19 kilómetros de Valencia, con la que está unida por un ferrocarril económico. Desde Bétera á Portacæli corre una hermosísima carretera por entre frondosos pinares alfombrados de tomillos y romeros.



CLAUSTRO DEL ANTIGUO MONASTERIO

El edificio, —ó sea el antiguo convento, —es espacioso, ventilado y está perfectamente distribuido; lo que fué corral es alegre parterre; la sala capitular gabinete de curaciones; los otros departamentos están transformados en salas de descanso, de juego, biblioteca, dormitorio, café, lavadero, gran cocina, cuarto de baño, gabinete hi-

droterápico y botica. Sólo continúa igual la bellísima iglesia, donde los enfermos oyen misa.

Los enfermos hacen curas al aire libre, en los pinares sentados en cómodas *Chaises-longues* y, renacido el apetito, regresan al sanatorio, donde les espera sana y variada comida.



## NOSTALGIA

Me da tristeza veros,  
¡oh, prisioneras vacas!,  
rumiando un pobre pasto  
en esas hondas cuadradas,  
donde, en eterna noche,  
dormitan vuestras almas.

Me da pena miraros  
ir á fuente lejana,  
cruzando como sombras  
al pie de nuestras casas,  
pidiendo en vano al suelo  
verdes y frescas matas.

Me da angustia seguiros,  
cual procesión extraña,  
no libres y tranquilas,  
mas siempre aguijonadas,  
huyendo por las calles,  
con la cabeza baja.

Yo veo en vuestros ojos  
casi asomarse lágrimas;  
yo escucho en el mugido,  
que es voz de vuestras ansias,  
algo de un bien soñado...  
¡un poco de nostalgia!

En vuestra suerte impía,  
en que entregáis, forzadas,  
el blanco y dulce jugo  
de las fecundas mamas,  
cual Venus mercantiles,  
al que primero paga;

En vuestros negros antros,  
donde, enfermizas plantas,  
vivís sin luz ni aire,  
de la avaricia esclavas,  
¡oh, mansos, tiernos seres!,  
no ignoro lo que os falta.

Ya sé que echáis de menos  
allá, las cumbres altas,  
los valles silenciosos,  
las rústicas cabañas,  
los apacibles prados...  
¿No es cierto, desterradas?

Sé que exhaláis suspiros  
por cristalinas aguas;  
por vastos horizontes,  
do perder las miradas;  
por ver el sol de oro  
y aspirar puros auras.

¡Os afligís en vano!  
Fiero destino arrastra  
vuestra existencia mísera...  
Mas, cual la vuestra, ¡cuántas  
el insaciable abismo  
de las ciudades traga!

Segnid, seguid sufriendo  
esa sentencia infausta;  
secad en la pupila  
el llanto de nostalgia...  
¡Sabad que el matadero  
tenéis por esperanza!

JOSÉ DE SILES

# ARTE Y ARTISTAS

JOSÉ GARCÍA RAMOS

«Mi querido maestro: Sirva de presentación éste al periodista gaditano D. Manuel Escalante Gómez.» Así decía la tarjeta que se dignó darme para hacer una visita al ilustre hispalense, mi querido amigo el notable vate Pepe Veilla.

De casa del poeta trasladame al estudio del artista, y tras el consabido ¿se puede?, pasé al estudio del más andaluz de todos los pintores.

La impresión primera fué agradabilísima; hablamos mucho, y principalmente de su arte, procurando apartar con finísimo ingenio todo concepto que fuera elogio para él, á su entender inmerecido, en mi sentir justo, pues es indiscutible que uno de los que han dado más realce á Sevilla, en lo que á arte respecta, ha sido él con sus obras magistrales, en las que domina siempre el colorismo y sabor de la tierra.

Temperamento artístico por excelencia, á nadie ha llamado la atención la celebridad que ha obtenido en todo el orbe.

Contando como mérito especial un estilo propio, estilo español *enragé*, que ni ha tenido antecesores ni tiene semejantes, resulta un pintor genialísimo y *sui generis*, que bien puede tener el orgullo de haber iniciado en el arte nuevos derroteros, sin caer en el defecto de las imitaciones, hoy tan en boga, imitaciones y modismos de mal gusto y que han introducido en arte tan bello, espíritus prostituidos que entienden la pintura bajo un prisma mercantil, por no titularlo con otro adjetivo más atrevido, y con el cual pudieran considerarse afiludados algunos elementos.



JOSÉ GARCÍA RAMOS

Llamó mi atención un gran lienzo que estaba á mi frente, y García Ramos, que tal vez adivinó que tenía gran curiosidad por saber hasta los más insignificantes detalles, antes de que pudiese dirigirle una sola pregunta, me dijo:

—Éste ha sido el último que he hecho: en Madrid ha estado expuesto últimamente, habiéndolo titulado *¡Cuánto tarda!*

Efectivamente el rostro de la muchacha demostraba bien á las claras su terrible impaciencia al notar la *tardanza* de su novio.

El colorido del cuadro es magistral, siendo la nota que en él descuella con más vigor la luz, que caracteriza todas las producciones de este genio.

—¡Venga usted!—me dijo, llevándome á un ángulo del salón, que ocultaba un hermoso tapiz.

Y mostróme el trabajo que por entonces le absorbía, que era una cabeza de mujer, en la que no se sabía que admirar más, si la valentía de las luces ó el marcado sabor andaluz que respandecía en la obra.

Sobre un diván se hallaba la modelo, que ante nuestra aparición se refugió rápidamente en una habitación contigua; pero, á pesar de su ligereza, pude apreciar que el parecido era exactísimo.

Después me estuvo enseñando la colección *Servilla*, escenas de la tierra hechas á la sepia, trabajo que había empezado hacía muy poco tiempo.

Tuve la inmerecida honra de que á uno de aquellos trozos arrancados de la vida real pusiese título y dije el que me pareció más apropiado: *Esperando la cruz*.

Citar sus cuadros más notables resultaría empresa muy comprometida, y entiendo que nadie se atreverá á realizarlos, porque, si magnífico es un cuadro, espléndido es otro, y podría incurrir el que tal cosa



UN SALÓN CANTANTE

# Chiquilladas

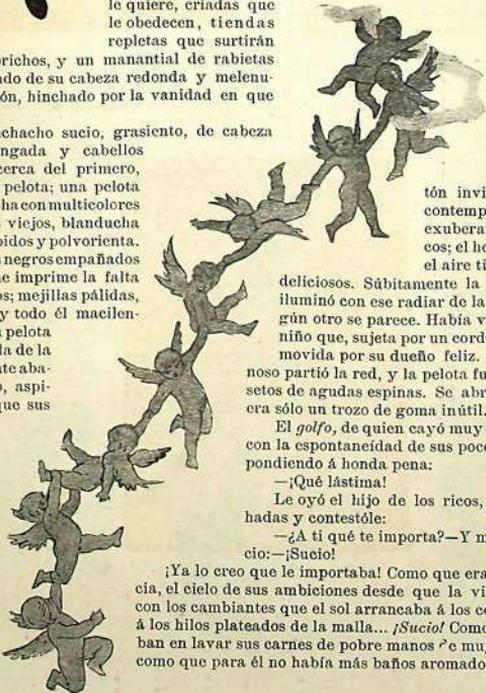


Acompañándole la niñera, vestido con sencilla elegancia, vi hace pocos días a un chiquillo de cabecita redonda, melenuda; con cabellos como dorados a fuego y ojos azules como turquesas de gran tamaño; con los labios más rojos que guindas en sazón, y los dientes más blancos e iguales que los granitos de arroz en las huertas valencianas; con los carrillos redondos, colorados, con el vigoroso matiz de la salud, plétora de sangre, hierro en las venas, fósforo en los huesos; calor, plenitud de dicha, ¡felicidad!

Jugaba con una pelota enorme envuelta en una red de hilillos de plata, y golpeaba con ella los árboles ganoso de romperla, sin duda, por la codicia del juguete nuevo entrevisto a poca costa, tras de leve bregar, unos cuantos pucheros y unos pocos lagrimones. Para eso tiene madre que le quiere, criadas que le obedecen, tiendas repletas que surtirán

pródigas sus caprichos, y un manantial de rabietas ficticias en el fondo de su cabeza redonda y melenuda y de su corazón, hinchado por la vanidad en que le educaron.

Vi á otro muchacho sucio, grasiento, de cabeza huesosa y prolongada y cabellos ralos, jugando cerca del primero, también con una pelota; una pelota arlequinésca, hecha con multicolores retazos de trapos viejos, blanducha por los botes recibidos y polvorienta. Tenía el *golfo* ojos negros empañados por la tristeza que imprime la falta de alimentos sanos; mejillas pálidas, labios incoloros, y todo él macilento, encanijado. Su pelota rodó por una orilla de la carretera, vertiente abajo, y el chiquillo, aspirando el polvo que sus pies desnudos levantan, echó tras ella animoso, rápido. A poco volvió sin su juguete, subía la cuesta jadeante tristísimo, y llegó á la cuneta rendido. Tumbóse en el suelo boca abajo, con los codos



sobre la tierra y la cara apoyada en la palma de las manos.

Lucía el sol de mayo tan rabioso, que inundaba en luz. Revivía la naturaleza tras el marasmo del tris-

tón invierno. Alborozaba la contemplación de las lejanías, exuberantes en matices ricos; el horizonte sin una nube, el aire tibio lleno de aromas

deliciosos. Súbitamente la mirada del *golfo* se iluminó con ese radiar de la envidia que á ningún otro se parece. Había visto la pelota del otro niño que, sujeta por un cordón, giraba en el vacío movida por su dueño feliz. El molinete vertiginoso partió la red, y la pelota fué á dar contra unos setos de agudas espinas. Se abrió y se desinfló; ya era sólo un trozo de goma inútil.

El *golfo*, de quien cayó muy cerca la pelota, dijo con la espontaneidad de sus pocos años y como respondiendo á honda pena:

—¡Qué lástima!

Le oyó el hijo de los ricos, el protegido de las hadas y contestóle:

—¿A ti qué te importa?—Y mirándole con desprecio:—¡Sucio!

¡Ya lo creo que le importaba! Como que era el imán de su codicia, el cielo de sus ambiciones desde que la vió brillar en el aire, con los cambiantes que el sol arañeaba á los colores de la pelota y á los hilos plateados de la malla... ¡Sucio! Como que no se empleaban en lavar sus carnes de pobre manos de mujer finas y delicadas; como que para él no había más baños aromados que el arroyo satu-

rado por las emanaciones del légamo ó la fuente helada. ¡Sucio! Como que en él la suciedad era ham-  
bre, miseria, orfandad y abandono... Todo eso pensó seguramente el rapaz mugriento, porque lo lei en



sus ojos y en sólo una mirada. Y sintiendo ese vigor hercúleo, ese esfuerzo gigantesco de lo de abajo, cuando sublevándose contra lo de arriba, lo arrolla (y ya es el pueblo anárquico decapitando reyes y aislado criminal asesinando al amo), con ese impulso no contenido por la educación, el *golfo* abalanzóse sobre el otro niño, dió en su pecho con una rodilla y en los redondos carrillos de su rostro con la mano encallecida y enfangada, toda hucosa.

Corrimos á ellos los presentes, interplamos al hijo del arroyo coreados por las lágrimas del otro y las voces airadas de la niñera, y el tiranuelo de los harapos, mirándose con desdén y alejándose con la cabeza vuelta atrás pronto á flar á sus piernas la salvación, dijo lentamente, con el concepto del honor que el pueblo siente como nadie desde la cuna:

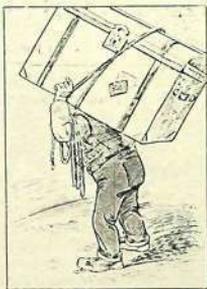
—¡Me ha llamado *sucio!* ¡Qué le limpien á él, á ver si pueden!

M. MARTÍNEZ ESPADA

GOTAS, por V. Tur



La gota



La gota gorda



Cuatro gotas



Con gotas

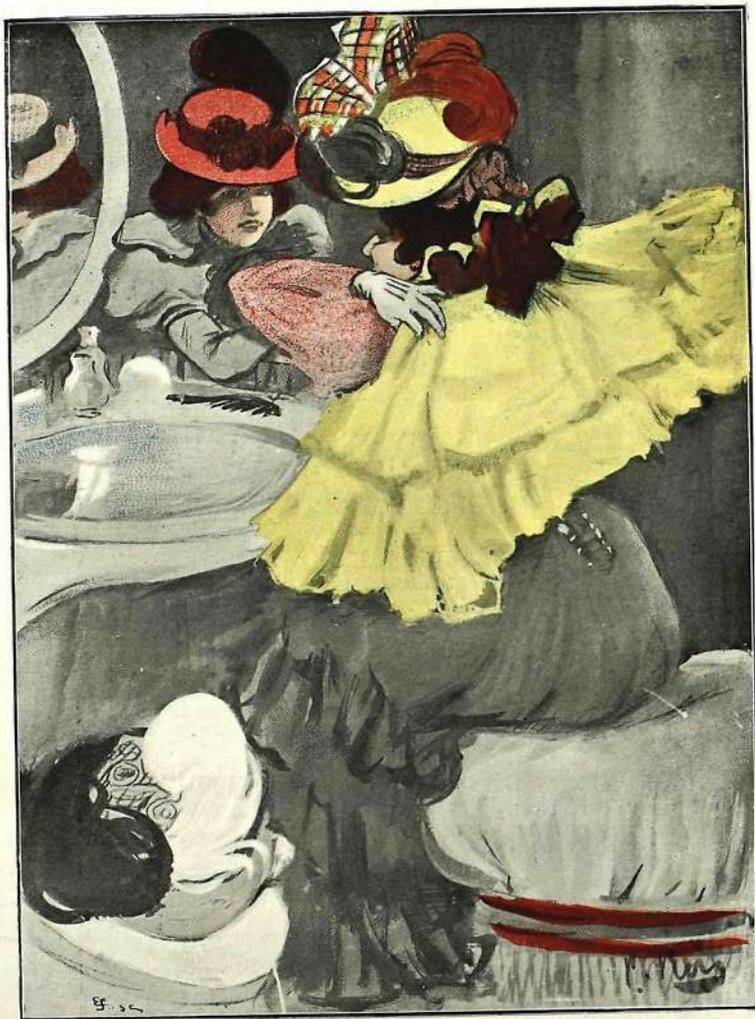


Gota serena



¡Ni gota!!





Ayuntamiento de Madrid